

## REY DESNUDO... ¿PUEBLO TONTO?

Una fábula muy conocida cuenta que un rey que vivía en un reino muy lejano gustaba de vestirse con las mejores galas que se pudieran conseguir. Con tal fin enviaba a sus pregoneros a recorrer el reino y los circundantes prometiendo recompensas enormes a aquel que le suministrara vestidos que colmaran su gusto. Como en toda buena fábula, la crueldad del tirano se manifestaba de una forma cínica. Si el sastre en cuestión entregaba algo que disgustaba al monarca, aquel no solo no recibía la recompensa, sino que terminaba ajusticiado. No es raro que luego de un tiempo no quedaran modistos deseosos de presentar sus obras. Algunos por haber perdido la cabeza y otros por simple prudencia. Mas un día apareció por el palacio un joven y pobre sastre. Pidió para ver al rey pues tenía un vestido tan magnífico que estaba seguro de que su majestad aprobaría con entusiasmo. El rey, curioso, recibió al joven. Ante su sorpresa, el sastre estiró sus brazos vacíos indicándole que tomara el vestido que le había traído. Antes de que el rey reaccionara el sastre explicó que el vestido en cuestión era tan extraordinario que solo los hombres más virtuosos e inteligentes podían verlo, quedando velado a los ojos del común de los mortales. El rey mordió el anzuelo. Además de hedonista era soberbio, y si bien no veía nada en los brazos del sastre, reconocer tal cosa lo identificaría con un hombre llano. Por lo tanto, fue a su cuarto, se desnudó y se puso el vestido invisible. Obviamente que cuando comenzó a caminar por el palacio todo el mundo lo veía desnudo, pero nadie se animaba a decirlo, así que el sastre cobró la recompensa y ni lardo ni perezoso desapareció de la comarca. Un día, desfilando el rey desnudo delante de todos sus súbditos que para no ser menos alababan la belleza de las vestes reales, alguien gritó, seguro un niño, "¡el rey va desnudo!". Como por arte de magia, todos comprendieron que así era, y del estupor pasaron a la risa, la carcajada y, finalmente, al abucheo. Entonces el rey se dio cuenta de que había hecho el papel de tonto, más aún, descubrió lo que con temor siempre supuso: que era un tonto.

Lo anterior no viene al caso en lo que hace al rey, sino al pueblo. Todos se daban cuenta de lo que veían, el rey estaba en cueros. Aunque esto era evidente a sus ojos, el simple hecho de que la autoridad fuera por la vida como si muy vestido estuvie-

ra, con seguridad y garbo, hasta con desprecio hacia aquellos que lo miraban enfundados en pobres prendas, los llevaba a aceptar primero, y convenirse después, de que ellos estaban equivocados, de que lo que su vista les mostraba debía ser un espejismo o, peor aún, que eran tontos y por eso no veían lo que el propio rey y todos los demás del pueblo sí podían ver. Y así, cuando el niño gritó la verdad, se sumaron a la risa y a la burla, no tanto por reírse de su rey, sino por esconder la vergüenza que su propia estupidez y cobardía les hacía sentir en lo más íntimo.

En el siglo XXI, en nuestra pequeña comarca, afortunadamente no tenemos rey soberbio y tonto. Pero sí quizás podemos estar cayendo, como pueblo, en el espejismo de la fábula. Cuántas cosas que pasan a nuestro alrededor nos rompen los ojos como insensateces, falta de criterio, deshonestidad o simple tontería. Mas las aceptamos, a veces hasta las justificamos y, en el mejor de los casos, como mínimo, nos llamamos al silencio para evitar problemas y ser tachados con vaya a saber uno cuál adjetivo denigrante. Sin embargo, si el rey va desnudo, desnudo está, pues la realidad no es mágica.

No todo es culpa de los que en el gobierno, en la empresa, en los sindicatos, en el mundo de la cultura, en los medios llevan la voz cantante. Muchas veces somos los "súbditos" los que permitimos con nuestra anomia que así se comporten. Lo peor es que a veces el grito llega muy tarde.